



Primo Feliciano Velázquez

“Introducción”

p. VII-XXII

*Códice Chimalpopoca: Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles*

Primo Feliciano Velázquez (traducción) y Miguel León Portilla (prefacio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas Editorial

1992

XXII + 167 + [LXXXIV]

Facsímiles

(Primera Serie Prehispánica 1)

ISBN 968-36-2747-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de octubre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/000/codice\\_chimalpopoca.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/000/codice_chimalpopoca.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## INTRODUCCION

Qué es el Códice.—Boturini lo descubrió.—Perteneció a don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl.—Genealogía de este célebre historiador, apuntada en las hojas de guarda.—Alonso Bejarano y Martín Jacobita, presuntos autores de la primera y tercera partes del Códice.—Lo heredó don Carlos de Sigüenza y Góngora y lo dejó al Colegio de Jesuitas de México.—Allí lo encontró don José Fernando Ramírez, quien tituló *Anales de Cuauhtitlan* la primera parte.—Brasseur de Bourbourg impuso al Códice el nombre de Chimalpopoca.—Su edición en los Anales del Museo Nacional, con traducciones al castellano del Lic. don Faustino Galicia Chimalpopoca y de los señores don Gumersindo Mendoza y don Felipe Sánchez Solís.—Una y otra, incompletas.—Por qué no satisface la de Mendoza y Solís.—Por qué tampoco la de Galicia Chimalpopoca.—Tercera parte del Códice, titulada *Leyenda de los Soles*.—La tradujo al español don Francisco del Paso y Troncoso.—Y al latín el Dr. Walter Lehmann.—Cotejo de ambas traducciones.—Cómo hemos hecho una nueva y completa, al español.

**G**UARDA nuestro Museo Nacional tres manuscritos que componen el Códice Chimalpopoca, en lengua *náhuatl* el primero y tercero de anónimos autores y el segundo en español del bachiller don Pedro Ponce.

Los descubrió el caballero Lorenzo Boturini Benaduci (1736-1740), quien dió así la noticia en su *Catálogo*, párrafo VIII. núm. 13: “Una Historia de los Reinos de Colhuacan y México en lengua Náhuatl, y papel Europeo de Autor anónimo, y tiene añadida una *Breve Relación de los Dioses y Ritos de la Gentilidad* en lengua Castellana, que escribió el Bachiller don Pedro Ponce, Indio Cazique Beneficiado que fué del Partido de *Tzumpahuacan*. Está todo copiado de letra de Don Fernando de Alva, y le falta la primera foja.”

Conoció dicho libro don Antonio de León y Gama, pues en su *Descripción de las dos piedras* (1791), núm. 62, se remite a “una historia anónima, en la lengua mexicana, que se halla al fin de la que copió D. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, que cita Boturini en el párrafo VIII, núm. 13, del Catálogo de su Museo”. No convino en que Alva lo hubiera copiado todo, quizás porque la historia aludida, de que tomó un fragmento, tiene puntuación y se distingue por el uso de la *i* en numerosas palabras que con ella empiezan, las que fueron con *y* escritas en la primera. Pero, ya que no desemeja la forma de la letra en ambas historias, pudo Boturini afirmar que “está todo copiado de letra de Don Fernando de Alva”, la cual conocía por otros papeles, según declaró en el párrafo XXXV, núm. 6, de su *Catálogo*.

Lo indudable es que a don Fernando historiador perteneció el Códice, como revelan sus acotaciones a las páginas 51, 59 y 61: “7 acatl a 2 de henero se ganó granada y por sagú saliero de castilla los judíos- 12 tecpatl el gra turco maometo tomó a constantinopla y mu-



rió el emperador Federico- aquí comensó a reynar el turco seli fue coronado el día de la batalla . . . - la guerra de Oran- también se ganó Granada- a 24 de agosto bendijo el turco seli . . .”; que apuntar sincronismos es singularidad de dicho escritor en sus Relaciones e Historia larga.

En poder de su familia quedó el libro: lo atestiguan sus cuatro páginas de guarda, con razón y fechas (1561 a 1684) de testamentos, transacción, etc., al par que una noticia genealógica, por la cual se sabe que Fernando de Alva fué hijo de Juan de Peralda y doña Ana Cortés; nieto de Juan Grande y doña Cristina, la que después de su confirmación se llamó doña Cristina Francisca Verdugo; bisnieto de don Francisco Quetzalmamalitzin y doña Ana Cortés Ixtlilxóchitl; y tataranieta de Xiuhtototzin y de Tecuhcihuatzin, quien, bautizada, tuvo el nombre de Magdalena.

A cuantos oímos que Fernando de Alva Ixtlilxóchitl descendía del último rey tetzcocano, sorprende no hallarlo así indicado en las anotaciones del Códice. Doña Ana Cortés, su madre, fué hija de doña Francisca Cristina, y ésta de doña Ana Cortés Ixtlilxóchitl, fruto del matrimonio del rey Ixtlilxóchitl, hijo de Nezahualpilli, con doña Beatriz Papantzin, hija de Cuitláhuac, rey de México. Pero, nuestro historiador mismo lo dice: ningún premio se dió al rey Ixtlilxóchitl, el mayor amigo de los españoles en la conquista, “sino que antes lo que era suyo y de sus antepasados se le quitó, y no tan solamente esto, sino aun unas casas y unas pocas de tierras en que vivían sus descendientes aun no se las dejaron”. He aquí explicado por qué la familia no hacía ya caso entonces de su ascendencia materna. Mirando sólo a los bienes heredados o disputados, anotó su entroncamiento con don Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin, heredero de los antiguos señores de Teotihuacan, cuyo origen, que conocíamos por los extractos de Muñoz en Ternaux-Compans, podemos rectificar en un punto, gracias a las anotaciones de nuestro Códice.

Xólotl, rey chichimeca, dió a su hermana Tomeyauhtzin el distrito de Teotihuacan y la casó con Tochintecuhtli, a quien si despojó de sus estados Nezahualcóyotl, se los devolvió más tarde, casándole con Tzinquetzalpoztectzin, su hija. Le sucedió su hijo mayor, Cotzatzitzin, el que tuvo por esposa a Quauhyhuitzin, hija de Nezahualpilli. De este matrimonio nació Amaxolotzin, el cual, después de haber perdido a su primera mujer Xiuhtototzin, se casó con su cuñada Tecuhcihuatzin. Cuando ésta se bautizó, recibió el nombre de Magdalena; fué la madre de don Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin, esposo de doña Ana Cortés Ixtlilxóchitl, ya mentada. Así según la noticia de Muñoz; pero conforme a la anotación del Códice, Xiuhtototzin, no Amaxolotzin, se llamó el marido de Tecuhcihuatzin. En su testamento, que está publicado, don Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin dejó a su mujer doña Ana Cortés todo lo que fué de los reyes, su bisabuelo Nezahualcóyotl y

su abuelo Nezahualpilli, “porque lo heredó de estos señores”; dejó el pueblo de San Juan Teotihuacan, “como yo lo huve y heredé”, dice, a su hija doña Cristina; y unas casas sobre que estaba fundado su patrimonio, “que son los Palacios grandes”, los dejó a su nieta Ana, la madre de nuestro historiador don Fernando de Alva Ixtlil-xóchitl. Conque vivía esta señora el año de 1563, fecha del testamento; y a poco debe haberse casado, pues su hijo, al decir del P. Florencia, nació por 1568 y murió en 1648.

Déjase ya entender que éste no fué autor de las historias de nuestro Códice, datadas una en 1558 y otra en 1570. Ni al escribir, se sirvió de ellas; y no habiendo citado a sus autores cuando habló de los memoriales que acopió, de los que primero supieron escribir, y de sus auxiliares en la interpretación de pinturas, ya de toltecas, ya de chichimecas, corre de nuestra cuenta averiguar la procedencia de aquellos manuscritos, sin más antecedentes que los que den de sí.

*Nican Cuauhtitlan*, aquí en Cuauhtitlan, repetido como se encuentra en la primera historia, nos dice que allí fué escrita y por un natural o vecino del mismo pueblo, según inferimos de la amorosa prolijidad que gasta, narrando la ubicación, linderos, preponderancia y vicisitudes de Cuauhtitlan. Más claramente la historia añadida nos descubre la patria de su autor. Acabando de contar el nacimiento de los *mixcoa*, que amamantó Mecitli, agregó: *yeica in axcan timexica, yece amo timexica ça timecitin*, por eso ahora somos mexicanos, pero no *mexica*, sino *mecitin*. Y conviene advertir que, a diferencia de la relación cronológica de 1570 en forma de Anales, la de 1558 es interpretación de pinturas a la vista, cual reiteradamente lo demuestran el *inin tonatiuh*, este Sol, y el *nican ca*, aquí está, que al explicarlas se emplean.

Su materia sería índice seguro para encontrar el nombre, si hubieran dado el suyo otros indios que análogos tratados compusieron. Hay un jeroglífico, pintado, se dice, de 1502 a 1515, cuya declaración se escribió a raíz de la conquista española y donde se enumeran los tributos correspondientes a México, Tetzco y Tlacopan, del mismo modo que en la lista de tributarios con que acaba la primera historia de nuestro Códice; mas no tenemos la fecha de aquel escrito, y aunque la tuviéramos, el intérprete es anónimo. Anónimos son también los que dictaron el Códice Mendocino (1549), que incluye una matrícula de tributos. Y si preguntamos por los informantes del historiador fray Andrés de Olmos (1533) o por los autores de manuscritos aparecidos en el albor de la época colonial, damos siempre con el anónimo. ¿Cómo, donde no hay nombres, hallar los que deseamos saber?

A dicha, cuatro indios nobles, estudiantes latinos, colaboraron en la obra inmortal de fray Bernardino de Sahagún: Antonio Valeriano, de Azcapotzalco, “el general y más sabio”; “otro poco menos que éste”, Alonso Vexerano (Bejarano) de Cuauhtitlan; otro, Martín Jacobita, de Tlaltelolco; y otro, Pedro de San Buena-

ventura, de Cuauhtitlan, como el segundo. Empezó el trabajo en Tepepulco, bien escogido lugar, porque con su señor y el de Teotihuacan se casaron las dos hijas del último rey tetzcocano y era allí fácil recoger las noticias de la antigüedad acolhua. Hasta doce ancianos principales eligió don Diego de Mendoza, señor del pueblo, para que dieran razón de cuanto el P. Sahagún les preguntara; a quienes se unieron los cuatro estudiantes dichos, los mismos que de 1558 a 1560 pusieron por escrito, al pie de las pinturas jeroglíficas, lo que mediante ellas, a su usanza, habían respondido los ancianos.

Y al punto ocurre que la historia añadida de nuestro Códice, escrita en mayo de 1558 por un mexicano, fué de las que entonces se compusieron en Tepepulco, ya que es declaración de pintura a la vista, tocante a la cosmogonía, creación de los hombres y principio del reino tolteca, cosas todas que a Sahagún más interesaba inquirir. Así que podemos apuntar a Martín Jacobita como autor. Tlaltelolco, de donde era, quedó desde el reinado de Axayácatl incorporado a la ciudad de México; no había otro mexicano entre los colegiales escritores y le abona oportunamente la recomendación del mismo Sahagún: "En este escrutinio o ecsamen (de Tepepulco), el que más trabajó de todos los colegiales, fué Martín Jacobita, que entonces era rector del colegio."

Después moró el historiador dos años, aunque no cabales, en el convento de Tlaltelolco; allí reunió también ocho o diez principales, "muy hábiles en su lengua y en las cosas de sus antiguallas", y encerrado con ellos y los colegiales dichos, añadió y enmendó su obra de Tepepulco. Seguidamente fué a San Francisco de México, donde por espacio de tres años (1562 a 1565) pasó y repasó los doce libros en que la había repartido, a los cuales, mientras se iban sacando en limpio, añadían los colegiales y corregían muchas cosas, tarea que concluyó en 1569.

El año inmediato, 1570, es el de la primera historia de nuestro Códice, que no cupo en la sahauntina. Añaie particularmente a la peregrinación y establecimiento de los chichimecas de Cuauhtitlan, venida de los mexicanos, señoríos de entrambas razas y vicisitud hasta la conquista española, sucesos que por fuerza se han de haber investigado durante los escrutinios de Tepepulco y Tlaltelolco. Si conforme al plan de Sahagún no hallaron lugar en su Historia, rehusó indubitablemente echarlos al olvido quien trabajado había en componerlos, añadirlos y enmendarlos, y por eso los conservó en escrito aparte. Y se vienen luego a la memoria los cuauhtitlaneses Alonso Bejarano y Pedro de San Buenaventura, amantes, cual es natural suponer, de su pueblo y de sus glorias. Quizá los dos colaboraron en los Anales de Cuauhtitlan, de donde provendría la disparidad de estilo, incongruencias y aun contradicción en puntos secundarios, que tal cual de sus pasajes ofrece; pero, pues lo substancial está bien escrito y con cita de anales tetzcocanos y cuitlahuacas depurado, señalaremos como su principal autor a Bejarano, de

cuya letra son otros libros de Sahagún, distinción muy apreciable, y al que este maestro tenía por “un poco menos” que Antonio Valeriano, “el general y más sabio”.

Para Bejarano y Jacobita, catedrático el uno y rector el otro del Colegio de Santa Cruz, fundado con señoritos de corta edad, no fué un extraño el alumno Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, que ha de haber empezado a estudiar poco después de 1577, cuando el segundo todavía regía el instituto y se acabó de copiar definitivamente la grande obra de Sahagún. Alva Ixtlilxóchitl supo de fijo la conclusión de este monumento literario, aunque no lo cita ni tampoco a sus colaboradores, de quienes, mediante los dichos manuscritos, aprendería a amar la historia, que desde muy temprano cultivó, estimulado con el trato de “todos los viejos y principales de esta tierra”. Recordemos que no tardó en coger el fruto: al comenzar el nuevo siglo (1600), tenía ya escritas sus *Relaciones*, que le costaron “harto estudio y trabajo”.

En la tercera de las páginas que guardan el Códice Chimalpopoca está anotado: “un Testam<sup>to</sup>. de D<sup>na</sup>. D<sup>o</sup>. Ruis año de 1684, a 1 de octub<sup>o</sup>”. Confirmamos que, muerto Alva (1648), quedaron las consabidas historias en poder de su familia. Otra anotación leemos en la página segunda de guarda, relativa a los “Padres de D<sup>na</sup>. fernando de Alua ixtlilxóchitl, Marido que fué de D<sup>na</sup>. Antta. Gutierrez; Padres de: D<sup>na</sup>. Ju<sup>o</sup>. de Alua y Cortés”. Y Beristáin nos informa que D. Juan de Alva dejó en herencia escritos simbólicos y mapas a don Carlos de Sigüenza y Góngora, el cual, a su turno, en su *Piedad Heroica de D. Fernando Cortés*, posterior a 1688, hablando de la relación guadalupana, afirma haberla hallado “entre los papeles de D. Fernando de Alva, *que tengo todos*”. Por último, según el mismo Beristáin, Sigüenza legó los manuscritos de Alva al Colegio de Jesuitas de México; con que se explica por qué allí descubrió Borturini el Códice de que tratamos.

Allí también lo halló en 1849 el esclarecido historiógrafo don José Fernando Ramírez, quien encomendó al Lic. don Faustino Galicia Chimalpopoca la traducción de la primera historia, y la intituló, como hasta hoy se nombra *Anales de Cuauhtitlan*, porque especialmente de este pueblo el principio y sucesos refiere.

Recién venido a México, el abate Brasseur de Bourbourg solicitó y obtuvo de don José María Díaz de Sollano, rector del Colegio de San Gregorio, como se llamaba entonces el de Jesuitas, que le prestara dicho Códice; a traducirlo se puso bajo la dirección de Galicia Chimalpopoca; y se le ocurrió darle el nombre de Códice Chimalpopoca, tanto en señal de estima a su profesor, cuanto por saber de él que en línea recta venía del príncipe Chimalpopoca, hijo tercero del emperador Moteuczuma. Así lo cuenta el mismo Brasseur en la segunda de sus cartas al duque de Valmy dirigidas, que hizo imprimir en México el año 1851, por vía de introducción a la *Historia de las Naciones Civilizadas de América Septentrional*.



Mas don Alfredo Chavero aclaró que Brasseur consiguió del señor Ramírez la traducción de los Anales, cuyo texto mexicano tomó en París de una copia por Mr. Aubin adquirida, la cual se proponía publicar con una versión francesa, aprovechando el traslado español, supónese, “pues por sus mismas obras se ve que no poseía bastante el mexicano”. Justo será, con todo, advertir que, además del primer manuscrito a Cuauhtitlan concerniente, disfrutó Brasseur del tercero, la historia añadida, datada en 1558; por ella comenzó cabalmente su análisis del Códice y en ella creyó ver asentada la doctrina socialista sobre “repartición de la tierra, propiedad de todos”, pasando luego a señalar los reinos de chichimecas, toltecas y mexicanos, y acabando por entrelazar las consejas de los Soles en uno y otro manuscrito incluídas.

Al tiempo que el señor Chavero hacía en su *Historia Antigua de México* la aclaración referida, publicaba el Museo (1885) los Anales de Cuauhtitlan, pareando el original con la versión de Galicia Chimalpopoca, en algo corregida por el señor Ramírez, a quien había parecido imperfecta. Y como de igual sentir fueran don Gumer-sindo Mendoza y don Felipe Sánchez Solís, añadieron una suya en la edición del Museo. Pero grave enfermedad del primero y la muerte del segundo truncaron su trabajo; por lo que siguió imprimiéndose sola la traducción que, se dijo, “afortunadamente dejó concluída el Sr. Galicia Chimalpopoca”, aunque ya sin el texto *náhuatl* correspondiente, y no porque faltara para el objeto.

Asentó el señor Chavero en su *Historia*: “tiene la impresión el texto mexicano del ejemplar de San Gregorio, que el señor Mendoza adquirió para el Museo, de la familia del señor Chimalpopoca a su muerte” Corroboró años adelante (1903) la noticia de tal adquisición, don Francisco del Paso y Troncoso en su *Leyenda de los Soles*, suponiendo que el Códice tendría varios dueños antes de venir a manos de don Faustino Galicia Chimalpopoca, a cuya familia lo compró en ochenta pesos don Gumer-sindo Mendoza, que, cuando fué Director del Museo, así se lo dijo. Ni puede haber duda de ello, porque el mismo Mendoza, en unión de Sánchez Solís, declara al frente del impreso: “El Manuscrito original que hoy comenzamos a publicar, es el que se había extraviado, desapareciendo del Colegio de San Pedro y San Pablo, en la última expulsión de los Jesuítas, según lo dice el Sr. D. Fernando Ramírez: lo hemos adquirido por una feliz casualidad, y hoy está en la Biblioteca del Establecimiento: el mismo Sr. Ramírez, en una advertencia que puso en la traducción de dicho Manuscrito, traducción hecha por el Sr. D. Faustino Galicia Chimalpopoca, lo ha intitulado Anales de Cuauhtitlan; nombre que creemos dejarle, porque es el más conveniente.”

Cayeron, se ve, en la confusión que Brasseur, de tomar como obra de un solo autor las partes primera y tercera del Códice, a pesar de que fecha, asunto y aun foliatura las distinguen; empero, conocedores del *náhuatl* y teniendo el original en sus manos, nada los



disculpa de que dejasen correr la impresión con tales y tantas erratas, trastrueque y omisiones de vocablos, que hacen la fiel interpretación imposible. Llegó la incuria al grado de cortar la narración en el folio 37, suprimiendo noventa y tres líneas, que del original ocupan las páginas 14 a 16, marcadas al principio con una llamada, *vide*, y totalmente abrazadas con raya. Otra supresión, no menos importante, de catorce líneas del original, página 31, échase de ver en la 64 del impreso, también allá con raya de tinta abrochadas. De las cuales quitas se juzgará la importancia, sabiendo que atañen a la sucesión de gobernadores de Toltitlan y Tepotzotlan, en que se anota, y sólo allí, la fecha del manuscrito: *axcan catqui ypan año de 1570 omicuillo ypan agosto*.

Por mucho que valgan las traducciones, en conocer íntegramente los documentos está el mayor interés de la ciencia. Consta de 68 páginas el manuscrito de los Anales de Cuauhtitlan, primera parte del Códice; y de 10 la tercera, que se ha intitulado Leyenda de los Soles: total, 78. Solamente 35 de aquéllas hizo imprimir el Museo; conque de 43 ha quedado ignorante el público.

Si al menos las traducciones fueran cabales. Pero no lo son. Ya se dijo y por qué lamentables motivos dejaron trunca la suya Mendoza y Solís. La de Galicia Chimalpopoca, aunque se anunció afortunadamente concluída, no lo está: termina con la lista de los gobernantes indios que eran en 1519, y la cierra una anotación de *Fin del Manuscrito*, falsa, referente al original, que aún tiene cinco páginas de letra menuda, a que el traductor no llegó, con todo y que venía saltando desde el principio. Sin profundizar el examen de su trabajo, hasta sin parar atención en los claros de la segunda columna que le dedicó el impresor, basta cotejar sus cláusulas con las de Mendoza y Solís, para conocer que la traducción no fué completa. Quien, además, leyéndola, siga de lado el escrito indio, se fatigará de contar las lagunas en que Galicia Chimalpopoca hizo naufragar palabras, frases y conceptos del léxico azteca los más abstrusos.

Fuerza será concluir que ninguna de las dos versiones satisface. Un arqueólogo preclaro, Monseñor Plancarte, pidió en su *Tamoanchan* que se revisara, por no entenderlo, como no lo entenderá nadie, este pasaje de Mendoza y Solís (pág. 7): “Y llegados allí los Chichimecas, los Mixcoas iban por delante: muchos de éstos se enfermaron: ellos fueron auxiliados por Chiucnauh, por éste y por Ixtlátol, y se detuvieron para darles unos abrigos, e Itzapálotl se puso a la cabeza, &. Los mixcoas terminaron, y se dice que sólo y únicamente quedó Mixcoatl, que se hizo de nombre por esto: el hijo menor de Mixcoatl desapareció, y *Huycómitl* tuvo placer, y en medio de su alegría corrió precipitadamente hacia él; e Itzapálotl precipitadamente también salió e igualmente salió Heycómitl hacia Mixcoatl, e inmediatamente lo asaeteó, lo llamó y habiéndolo muerto &. Los ancianos Mixcoas los asaetearon y luego muertos los quemaron: sus cen-



zas fueron esparcidas levantando una nube negra en forma de torbellinos, y concluido esto dispusieron sus bagajes, y cada uno de ellos hizo otro tanto y se dirigieron al lugar llamado Mazatep.” Carecen de paralelo estas líneas en Galicia Chimalpopoca, lo que sin vacilar atribuimos a la difícilísima lectura del original en ese punto.

Imposible de entender asimismo es el párrafo donde, hablando de Quetzalcoatl, pusieron Mendoza y Solís (pág. 22): “Convertido en estrella reluciente y alegre, hiere a las estrellas ancianas de ambos sexos, y todos caminan juntos a la manera de océlotl (salpicado), mázatl y todos ellos formando flores, hiriendo a todas las estrellas insignificantes; y si aparece alguna estrella con caña (señal de) importancia, la hace desaparecer; también hacía desaparecer a las nubes, impidiendo que lloviese: si el sol hería a las estrellas jóvenes de ambos sexos, se unía a él y los envolvía en el agua.” Curioso por estrambótico, fenomenal mejor dicho. ¡Cómo, si no llovía, pudo el mágico envolver en agua a los sexos de las estrellas jóvenes; ni cómo los de las estrellas ancianas habían de andar juntos a manera de *océlotl*, que no es salpicado, sino tigre, y formando flores herir a las estrellas insignificantes, riesgo de que sólo escapaban las que aparecían con caña, señal de su importancia, aunque luego fuesen a desaparecer condenadas! Descifra tamaños enigmas el frontero relato de Galicia Chimalpopoca, donde se lee que al fulgor del lucero en que se trocó Quetzalcoatl, a sus saetas, a sus rayos, achacaba el pueblo supersticioso la nefasta mortandad, no de estrellas, sino de ancianos y nobles y plebeyos.

Innecesario parece recopilar otras muestras de cómo tradujeron Mendoza y Solís; citaremos, con todo, tres renglones suyos (pág. 53): “En este año, 10 conejo, se llevó Ilancueitl a su esposa a Coahuatlinchan para cuidar a la culebra.” Corresponden al texto mexicano de enfrente, que dice y traducimos así: *yn 10 tochtli ypan* (en el año 10 tochtli) *yn ya Ilancueitl* (fué Ilancueitl) *yhuan quinhuicac ycihuapilhuan* (y llevó a sus mujeres nobles) *ompa yaque yn Cohuatlychan* (fueron a Coahuatlichan) *ynic canato Acamapichtli* (fueron a traer a Acamapichtli) *yn ompa mohuapahuato coatlychan* (que había ido a criarse en Coahuatlichan).— Como se ve, Ilancueitl, mujer, no pudo llevar a su esposa; y si fué con sus dueñas a traer a Acamapichtli, cuyo nombre se comieron Mendoza y Solís, no tenían que cuidar a culebra alguna. El *mohuapahuato*, gerundivo del verbo neutro *huapahua*, y el *coatlychan*, que viene en pos, los engañaron. Lo cual nos recuerda que un moderno traductor del Códice Aubin (1576) de la peregrinación mexicana, tropezó con esta frase: *ompa quízucó in cuextecatlichocayan ihuan in cohuatlicamac*, que interpretó: “siguiéndose el ruido de un huracán y el silbido de la culebra”. Ignoraba que en la historia son bien conocidos Coahuatlicamac y Cuextecatlichocayan, lugares por donde pasaron los peregrinos mexica (TORQUEMADA, *Monarquía*

*Indiana*, I-42), y nombres cuya significación es clara: *cohuatl-i-camac*, en la boca de la culebra; *cuextecatli-i-chocayan*, donde lloró el cuexteca.

No podían ser tan enormes los yerros de Galicia Chimalpopoca, *nahuatlato* que mamó el idioma y ennobleció más su progenie con su educación literaria y científica. A don José Fernando Ramírez, quien le escogió de traductor y copiante, le descontentó que omitiera marcar la procedencia de las copias, y sólo por su dureza, desconfió de la versión. La cual tiene otros verdaderos defectos de peso y fondo. He aquí cómo vertió los renglones últimamente citados: “y en el *10 tochtli* se fué para Cohuatlichan, Ilancueitl, llevando consigo a las señoras nobles y principales de su nación, que en otro tiempo las había traído Acamapitz, para que recibieran la educación correspondiente a su categoría”. Puesto que nosotros traducimos palabra a palabra, excusamos manifestar que esto de Galicia Chimalpopoca no lo dijo el autor.

Ocasión es de repetir que manan de diversa fuente los Anales de Cuauhtitlan y la Leyenda de los Soles; así como de anotar que por tal cual discrepancia se palpa en los Anales la huella de distintas manos, aparte de que en las incoherencias resalta variedad de estilo; en lo cual no fijó su atención el señor Galicia Chimalpopoca.

Su versión sigue ya libre aun del texto mexicano, desde la página 70 en la edición del Museo, donde relata la inquina de Tezozomocli, famoso tirano de Azcapotzalco, preñada de funestos augurios, al desdichado Nezahualcóyotl; y sin reparar en que de ahí bruscamente salta la narración a la guerra tepaneca, tiempo después acaecida, escribió: “*2 calli*. En este año el caballero Xiuhcozcatzin, por mandato de Itzcoatzin, señor de Tenochtitlan, intimó guerra a Tezozomocli de Azcapotzalco.” Léase ahora lo que el autor dice: “*2 calli ypanin yn xihuitl* (en este año *2 calli*) *yaotitlan* (en o durante la guerra) *hualla yn xiuhcozcatzin* (vino Xiuhcozcatzin) *quihualyhua yn ytzcohuatzin* (lo envió hacia acá Itzcoatl). Nada de intimación. La imaginó el traductor, pensativo en el tirano, que había traidoramente asesinado a Xaltemoczin, rey de los cuauhtitlaneses, por tal motivo furiosos. Prosiguió absorto en la guerra que se ensangrentó, dice, porque, anhelando Tezozomocli poner a uno de sus hijos en el gobierno de Cuauhtitlan, no lo admitieron los caballeros chichimecas, a quienes, irritado, “el señor de Azcapotzalco les declaró y les juró odio hasta destruirlos”. “Valiéndose de sus acostumbradas intrigas (dice a pocos renglones), Tezozomocli logró una vez debilitar la fuerza de sus contrarios y echarlos de Cuauhtitlan . . .” “Cuando Tezozomocli y todos los tepanecas declararon la guerra contra Cuauhtitlan, muchos pueblos de éste se rebelaron en su contra y lo sitiaron al tiempo del ataque.”

Tomaron luego, según él, la cabecera los tepanecas, cogieron numerosos cautivos e impusieron muy fuertes tributos a los chichimecas, que no pudieron cumplir con ellos sino dos veces, “por lo que

el tirano de Azcapotzalco determinó castigar a los de Cuauhtitlan . . .” “Se dice igualmente que al cabo del tiempo, reunidos los chichimecas y auxiliados de una multitud de pueblos, llevaron la guerra contra Cuauhtitlan, con el objeto de recobrarlo, y de echar de allí y de todos los pueblos sus anexos a los tepanecas que los habitaban. Comenzada la batalla, se derramó mucha sangre, y aumentada la fuerza y el valor de los chichimecas en venganza de tanta opresión, huyó de allí a Huehuetoca el tirano Tezozomoc, en donde a poco tuvo noticia de haberse perdido Cuauhtitlan por parte de sus soldados.” Mas no lo creyó así, y para cerciorarse envió quienes examinaran y le llevaran una explicación clara de los sucesos de la contienda. Regresaron los enviados, y pusieron en su conocimiento “que pereció muchísima gente de la suya, que los cautivos eran infinitos y que los pocos ancianos y niños que habían quedado se hallaban en Tultitlan, Tecpan y Huexocacalco”. Luego que oyó Tezozomoc que la capital de Cuauhtitlan había sido tomada, se entristeció en gran manera, diciéndoles a sus amigos, parientes y aliados: “bien merecido lo tengo por haber querido dominar aun a los mexicanos”. Se echó a llorar, acaso más de furor y rabia que de arrepentimiento, despidió a todos, y en Atzompan se suicidó, tomando yerbas venenosas.

“Este fin tan desgraciado de Tezozomoc, concluye, se refiere con bastante exactitud en la historia de Cuauhtitlan. Una de las principales causas que lo obligó, fué la de haber sabido que sus enemigos habían quemado el templo y todas sus casas reales, y habían ejecutado hechos inauditos. Es de creerse que así fué todo, por el odio tan grande que tenían los chichimecas fundadores de Cuauhtitlan a los tepanecas y a su rey usurpador.”

Que cuanto precede no es traducción de la historia de Cuauhtitlan lo declara el mismo Galicia Chimalpopoca, al remitirse a ella en comprobación de su dicho. De suerte que no tradujo, compuso; pero ya que venía siguiendo los Anales, de donde tomó los hilos, no le era lícito urdir nada en contrario. Ciertamente es el odio de los cuauhtitlaneses a Tezozomoc, que pretendió imponerles de rey uno de sus hijos, en lugar de Xaltémoc asesinado; es igualmente cierto que los tepanecas combatieron a Cuauhtitlan y tomaron la ciudad; mas no que los cuauhtitlaneses hayan intentado y logrado recobrarla, quemando su propio templo, haciendo infinitos prisioneros y ejecutando actos inauditos. Tampoco es verdad que el tirano huyera de los oprimidos forzado, ni que llorara su despecho en Huehuetocan, por haber querido sojuzgar aun a los mexicanos, que nada tuvieron que ver en el caso, ni que purgara con su muerte el odio tan grande de los chichimecas fundadores de Cuauhtitlan a los tepanecas y a su rey usurpador.

Lo que pasó fué que, acabando de leer el pasaje en que Tezozomoc, tirano de Azcapotzalco, fraguaba la muerte de Nezahualcōyotl, topó Galicia Chimalpopoca con otro Tezozomoc que rei-

naba en Cuauhtitlan, y confundido por la identidad del nombre, resolvió los hechos de dos monarcas distintos, achacando las maldades del que lo fué de Azcapotzalco, gobernador de tepanecas, y su política y sus miras, al que lo era de Cuauhtitlan, ni usurpador, ni ambicioso, ni aborrecido de los chichimecas sus vasallos, ni merecedor, como su homónimo, de la execración del mundo.

Eso demuestran justamente los mismos Anales de Cuauhtitlan. Prolijidad sería transcribir de la contienda su cabal relato; a nuestro propósito bastan las noticias capitales.

Murió el tirano de Azcapotzalco el año 1427.—*13 acatl yn ypan yn xihuitl ypan yn momiquilli yn azcapotzalco tlatohuani teçoçomocltli* (pág. 33).

En 1428 Maxtlaton, rey de Azcapotzalco, mandó matar a Chimalpopocatzin, rey de Tenochtitlan.—*ce tecpatl ypanin quimictique yn tenochtitlan tlatohuani chimalpopocatzin yn temictique tepaneca tlatzontec yn azcapotzalco tlatohuani maxtlaton* (pág.33).

A este tiempo era Tlacateotzin rey de Tlatilolco; también le mataron de orden de Maxtlaton, rey de Azcapotzalco.—*auh yn yquac yn yn tlatilolco tlatohuani catca ynitoca tlacateotzin . . . yn mictilloc yn yehuatl tlacateotzin tlatzontec yn azcapotzalco tlatohuani yn omoteneuh maxtlaton* (pág. 34).

En 1430 se encrudció la guerra y hubo embajadas bélicas contra los tepanecas, que primero pelearon en Cuauhtitlan.—*3 tochtli ypanin yn xihuitl cenca hueyx yaoyotl yhan yn yaotlatolli ynin huicpa tepaneca achtopa tepeuhque yn quauhtitlan* (pág. 40).

En Cuauhtitlan reinaba Tezozomocltli, hijo de Tlacateotl, de Tlatilolco.—*auh quauhtitlan tlatocatia yn tecocomocltli tlatilolco tlacateotl ytelpoch* (pág. 40).

Y durante la guerra tepaneca se volvieron del bando contrario todos los pueblos que circundan la ciudad de Cuauhtitlan. - *yniquac yn yn manca tepanecayaoyotl huel yxquichtin motzincueptimotlallique yn quiyahualotoque quauhtitlan altepetl* (pág. 40).

El propio rey Maxtlaton obsequió a los capitanes de todos los pueblos que se han mencionado, repartiéndoles escudos e insignias con que los aprestó para combatir, como se hizo, a la ciudad de Cuauhtitlan.—*auh yn yehuatl tlatohuani maxtlaton mochintin quintlauhti yn tlatlacatecca yn tlacochcalca yn nohuian ypan altepetl omoteneuh quinmamacac chimalli tlahuiztli ynic quinyao-tlahui ynic quiyaochihuazque altepetl quauhtitlan yuh neltic yuh mochiuh* (págs. 40 y 41).

Cuando fué tomada la ciudad de Cuauhtitlan, había ido su rey Tezozomocltli a refugiarse en Cincoc de Huehuetocan.—*auh yni-quac yn axihuac altepetl quauhtitlan yquac yn tlatohuani teçoçomocltli ompa momaquiixtito yn ompa cincoc huehuetocan* (pág. 41).

Y así que fué debelada la ciudad, fueron a informarle del caso los cuauhtitlaneses.—*auh yniquac yn ompa pehualloc altepetl niman quinonotzato quicaquiltito yn quauhtitlanalque* (ibídem).

Puso en duda la noticia y despachó quienes fueran a cerciorarse; de vuelta los emisarios le dijeron ser cierto que había sido tomada la ciudad; al oírlo lloró de tristeza y despidió a cuantos cuauhtitlaneses con él estaban. Lo cual pasó en este 1430.—*auh çan niman huel yquac quicaquiltito yn tlatohuani teçoçomocitli yn ititlanhuan yn canelli oaxihuac altepetl quauhtitlan auh yniquac oquicac yn tlatohuani teçoçomocitli niman chocac tlaocox quinquallihua yn itlan onoca quauhtitlanalque. Ye ypan yn yn ey tochtli* (ibídem).

Finalmente, en este año se suicidó en Atzompan, tomando veneno, el rey Tezozomoc, que lo era de Cuauhtitlan. Pensaba que ya nunca más habría Cuauhtitlan porque la sitiaron sus enemigos, tantos pueblos como arriba se mencionan: por eso se suicidó.—*yn momatia teçoçomocitli caçan niman aoquic ceppa yez yn quauhtitlan ca oquiyayahuallo ynियाouh yn yzqui altepetl omoteneuh tlapac yehuatl ypampa yn yn monomatcamicti yn teçoçomocitli* (pág. 42).

Conclusión. Tezozómoc de Azcapotzalco, muerto en 1427, no es el Tezozómoc de Cuauhtitlan, que se mató en 1430, cuando la guerra tepaneca; y si el primero nada pudo tener con ésta, en los hechos y fin del segundo tampoco los de aquél influyeron.

Hemos dado la correspondencia de las fechas con auxilio de la tabla de Ortega, editor de Veytia. Comprobación de la primera se halla en la *Historia Chichimeca* de Ixtlilxóchitl (cap. XXII): “el año de mil cuatrocientos y veinte y siete de la Encarnación de Cristo Nuestro Señor, a los veinte y cuatro de Marzo, falleció Tezozómoc en la ciudad de Azcapotzalco”. De la segunda tenemos confirmación indirecta en la historia general. Sabemos por Torquemada (*Mon. Ind.*, lib. 3º, cap. XXXVI) que el sucesor inmediato e hijo de Tezozómoc, nombrado Maxtlaton, “Gobernó sus Reinos tres años, y en él se acabaron los reies Tepanecas”. Duró, pues, su reinado de 1427 a 1430, anotados en las efemérides transcritas con los signos *13 acatl* y *3 tochtli*, año este en que acaeció la guerra tepaneca y culminó con el suicidio de Tezozómoc, el vencido de Cuauhtitlan, y con el fin del agresor Maxtlaton de Azcapotzalco, muerto a pedradas y palos, como el historiador que acabamos de citar, refiere.

Ahora, sin detenernos en la segunda parte del Códice Chimalpopoca, castellana y publicada ya en los *Anales del Museo Nacional* (1892), pasamos a la tercera y última, escrita también en náhuatl, que varones de alto coturno han estudiado. La tradujo al español don Francisco del Paso y Troncoso, titulándola *Leyenda de los Soles*, y la hizo imprimir el año de 1903 en Florencia, Italia, válido de la reproducción fotográfica que del texto náhuatl obtuvo del Museo Nacional de México. Posteriormente, de la copia que perteneció a Mr. Aubin y conserva la Biblioteca Nacional de París, la vertió al idioma latino el Dr. Walter Lehmann, Asistente del Museo



Real de Etnografía de Berlín. Insertó esta versión el *Journal de la Société des Americanistes* de París en el número 2 del tomo III (1906). Mas no tradujo el Dr. Lehmann las noticias de mexicanos con que el original concluye (págs. 9 y 10), sea que por ya conocidas las desdeñara, sea que falten en la copia de que se sirvió.

Como ninguno de su tiempo supo y enseñó el *náhuatl* don Francisco del Paso y Troncoso, rivalizando con su antecesor del siglo XVIII, don Antonio de León y Gama, en el conocimiento de la antigüedad azteca, y mereciendo por su amplia y sólida cultura y limpia vida, imperecedera memoria. De esperar era que no se contentase con las breves advertencias, siquiera jugosas y atinadas, que a su traducción preceden, sino que comentara la *Leyenda*, o cuando menos la enriqueciera con las copiosas notas que su filológica interpretación requiere. No lo hizo; y por seguir el texto palabra a palabra, cual si no hubiera en esa lengua modismos, obligado a explicarse en paréntesis incontables, enmarañó el estilo y resultó obscura, fatigosa, ininteligible en no pocos lugares su obra.

Sí anotó sabiamente el Dr. Lehmann su copia del original; empero a veces le extraviaron las erratas del copista; y no siendo literal su traducción, aunque llegó a dar la esencia de la *Leyenda* en el arcaico idioma del Lacio, la privó del sabor genuino de la tierra y lengua de México.

Afrontados van aquí los párrafos iniciales de ambas versiones.

1. *Haec est narratio edocens atque jucunda olim esse factum ut tellus strueretur, idque singulis aetatibus. Sic structa est, sic coepit, tantummodo sic. Initium omnium aetatum quae evererunt nunc a. d. XI Kalendas Maias anno Domini 1550 a quo millia quingentos tredecim (MMDXIII) annos fuisse notum est.*

2. *Haec aetas, 4 tigris, per DCLXXVI annos duravit. Cum ii qui primo terra incolebant ab tigribus devorati sunt, aetas fuit 4 tigris. Quod edebant, 7 malinalli cibus fuit eorum; quae generatio per DCLXXVI annos vixit.*

3. *Sic homines ab tigribus devorati sunt per XIII annos, hoc modo perierunt, hoc modo finem ceperunt.*

Aquí está (la) leyenda de palabra de la disposición (que) antiguamente se tuvo a fin de que se haga la tierra por veces: (que) de una en una vez algo se haga. Cuando empezó esto, sólo así se sabe que comenzó todo Sol de dos Cañas... (borrón)...  $6 \times 400 = 2400$  años, más  $5 \times 20 = 100$  años, más 10 años, más 3 (2513 años) hoy en el (mes de) Mayo corriendo su 22<sup>o</sup> día de 1558 años.

Este Sol era (el de) 4 tigres: (duró) 676 años.—Estos (los hombres) la 1<sup>a</sup> vez, por todas partes, (de los) tigres fueron comidos en el Sol (o día) 4 tigres; y lo que comían = 7 Malinalli = eran los frutos de la tierra; y con esto vivieron 400 años, más  $10 \times 20 = 200$  años, más  $3 \times 20 = 60$  años, y luego más 15 años, más 1 (676 años); y desde que de las fieras fueron comidos (pasaron) 10 años, más 3 años (13 años) hasta que perecieron del todo; hasta que fueron acabando; y cuando se destruyó (o



4. *Ac cum aetas et anni eorum perierunt, annus fuit 1 acatl. Et devorari (ab tigribus) coepti sunt uno die dominante signo 4 ocelotl; sic tantummodo finem ceperunt, sic perierunt.*

desapareció) el Sol, pues su año de ellos era una Caña; y cuando comenzaron a ser comidos (fué) un día ferial (o signo) 4 tigres; y también el mismo cuando llegaron a concluir, cuando se destruyeron del todo.

Ante la divergencia aquí palpable, que va creciendo al paso de la confrontación, optaría el lector por la traducción literal castellana, si pudiera entenderla bien y del todo; mas, de preferir la substancial latina, queda inseguro de saber a punto fijo cuánto y cómo expuso el escritor indio. Vaya un ejemplo. No dice el original que así fué construída la tierra, así empezó y así sólo. *sic structa est, sic coepit, tantummodo sic*; si lo dijera, se resistiría creer en la ignorancia del autor, que ni a presumir llegó la existencia del o de los constructores, hacedores también de tigres y hombres, de que consecutivamente se habla. Claro está que no iba a tratar como nosotros de la creación, aunque ya creyente en Dios e instruído en la doctrina cristiana; pero sí como en sus consejas concebían sus pasados el origen del mundo.

Once años mayor que dicha *Leyenda* es la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, a que se da la antigüedad de 1547; en ella, por el dicho de los viejos y de los que en la infidelidad fueron sacerdotes o papas y de los señores y principales a quien se enseñaba la ley, cuéntase que “parece que tenía vn dios a que decían tonacatecli, el cual touo por muger a tonacaçiguatl o por otro nombre cachequeçalt, los quales se criaron y estouyeron siempre en el trezeno cielo, de cuyo principio no se supo jamás syno de su estado y criación que fué en el trezeno cielo”. Estos dioses procrearon cuatro hijos, Tezcatlipoca entre ellos, los que hicieron el fuego y a un hombre y una mujer; “y luego criaron los cielos allende del trezeno, y hizieron el agua y en ella criaron a un pexe grande que se dice çipaqli, que es como caymán, y deste pexe hizieron la tierra”; después “tezcatlipuca se hizo sol para alumbrar, al qual pintan como nosotros”, “y todos los dioses criaron entonces los gigantes”; “deste primer sol comienza su quenta”. Y “boluiendo a los gigantes que fueron criados en el tiempo que tezcatlipuca fué sol, dizen que como dexó de ser sol, perecieron y los tigres los acauaron y comieron, que no quedó ninguno”.

Conque allí tenemos el fundamento de la cosmogonía, que, de no hallarse igual o equivalente en la *Leyenda de los Soles*, nos induciría a vituperarla. Pero se halla. Si las traducciones confrontadas no lo descubren, es que se apartaron del original, cuyo principio leemos textualmente de esta manera:

*In nican ca* (aquí están) *tlamachiliztlatolçaçanilli* (las consejas de la plática sabia) *ye huecauh mochiuh* (mucho tiempo ha



sucedió) *inic mamaçatlalli* (que formó los animales) *çeçentetl iniltlamamaca inic peuh* (que empezó a dar de comer a cada uno de ellos); *içaniuh macho* (sólo así se sabe) *iniquitzintic inizquitetl* (que dió principio a tantas cosas) *inomaca tonatiuh* (el mismo sol) *ye chiquacentzon xihuitl ipan macuilpohualxihuitl ipan matlacxihuitl omei* (hace dos mil quinientos trece años) *axcan ipan mayo ic 22 ilhuitia de 1558 años* (hoy día 22 de mayo de 1558).

Con este ejemplo, que podemos multiplicar, se demuestra la necesidad de traducir nuevamente la Leyenda de los Soles. No hay para qué añadir que lo mismo piden los Anales de Cuauhtitlan. Porque encerrando entrambos manuscritos el origen de los tiempos, con la venida de chichimecas y toltecas y mexicanos, y el establecimiento de otras razas en el confín donde las halló Cortés; sus múltiples detalles, que sería inútil buscar en otras crónicas, los hacen inapreciables.

De ahí que hayamos emprendido osadamente darles nueva castellana vestimenta, tan ajustada cuanto posible a la propia suya, para que sea dable seguirla línea a línea, sin modificar el contorno, por no deslustrarla o desfigurarla. En atención a la fidelidad procurada, razón será perdonar la dureza de nuestro estilo, siempre incapaz aun de remedar el de Nezahualcóyotl o Moteuczuma.

Los traductores de que hemos hablado, sin medir la estatura de un Carochi o de un Olmos, dieron pruebas de conocer el *náhuatl* y merecen justamente nuestro respeto; con todo, cuantas veces creemos deber alejarnos de su sendero, lo hacemos, explicando, eso sí, en una o muchas notas la causa de nuestro desvío, persuadidos de que tanto provecho se obtiene de los aciertos del maestro, como de sus descuidos o yerros, que a nadie faltan. Hay que espigar aún en los campos por donde expertos segadores han pasado.

Es la primera vez que se publica íntegramente el Códice en su texto original. Es también la primera vez que aparece completa la traducción castellana. Su edición se debe a la Universidad Nacional de México.

PRIMO FELICIANO VELÁZQUEZ



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS